

Un acercamiento a los procesos de resignificación de la raíz indígena de Tlaxcala



Montserrat Patricia Rebollo Cruz

Hablar en la actualidad de pueblos indígenas, hace necesario considerarlos como sociedades vivas y no solo como parte del pasado glorioso o fosilizado en el tiempo sin posibilidades de cambios y adaptaciones al mundo global. Los pueblos indígenas están vivos, si bien, lo manifiestan a través de su cosmovisión, danza, rituales, artesanías, tradición oral, cantos, gastronomía, indumentaria, conocimientos sobre la naturaleza y las formas de relacionarse con ella; no podemos desdibujar los años e incluso siglos de resiliencia, llamando al respeto, reconocimiento y defensa de sus conocimientos y territorios, es decir los pueblos indígenas no solo son sujetos culturales, sino sujetos políticos.

Desde mi punto de vista, los movimientos y pronunciamientos locales, nacionales e internacionales sobre el reconocimiento de los pueblos indígenas, no han sido del todo en vano o han quedado en solo discursos; visto desde el quehacer práctico y cotidiano, me he dado cuenta que se han generado ecos en las nuevas generaciones que buscan seguir transmitiendo, valorando y resignificando la identidad indígena en el contexto actual. Porque el ser indígena hoy en día, también está permeado de nuevos conocimientos, de empoderamiento y de una resignificación que tiene connotaciones de orgullo y de interés por seguir descubriendo su cultura para continuar su legado en el presente. Y, ¿por qué no?, cosechar los frutos que han dado los años de lucha de generaciones indígenas que nos anteceden; me refiero a la demanda de espacios que les habían sido negados

en cargos públicos, en hacerlos parte prioritaria e incluirlos en instrumentos jurídicos y agendas locales, nacionales o internacionales en búsqueda de representatividad; sin ir más lejos, revisemos el caso de los esfuerzos y experiencias locales en Tlaxcala.

El congreso local del estado ha impulsado una serie de acciones como festivales, convocatorias para apoyar la preservación de tradiciones y declaratorias locales, como la del maíz morado y mole de matuma (2016) o la declaración del bordado de pepenado como patrimonio cultural inmaterial del estado (2019). Estas acciones van más allá de mirar solo sus procesos de gestión, de consulta o polémicas que evalúen su efectividad, veamos de qué manera estos instrumentos trasciendan la limitada visión de ser empleados como estrategias de promoción turística.

En el caso particular de San Juan Bautista Ixtenco, estas acciones se han generado cuestionamientos que les han permitido repensarse, no solo como tlaxcaltecas, sino como indígenas ixtequenses al reconocer y revalorar el esfuerzo que como comunidad otomí han vivido por generaciones para lograr que sus conocimientos trasciendan, al grado de cuestionarse: ¿por qué las tradiciones comunitarias de San Juan Ixtenco representan al estado de Tlaxcala, si el esfuerzo y merito por mantenerlas vivas es comunitario? Y qué decir de las alianzas y dialogo entre jóvenes y adultos mayores en la localidad de Ixtenco para realizar procesos de registro y revitalización de la lengua yuhmu a través de esfuerzos admirables, como el del Comité Municipal de seguimiento a la norma de escritura de la lengua con el apoyo de profesionales en la materia, destacando el interés primario de los jóvenes practicantes y herederos del conocimiento; o en el caso de los trabajos de enseñan-

practicantes y herederos del conocimiento, o en el caso de los trabajos de enseñanza, que hacen los maestros y alumnos en las escuelas comunitarias en equipo, que fomentan un trabajo desde dentro con conciencia social y de auto reconocimiento comunitario como miembros de una cultura ancestral, que no se agota en el discurso o la expresión pública para exaltar su identidad en una fecha conmemorativa. Actualmente ser indígena también es la posibilidad e instrumento de auto reconocimiento, de revaloración identitaria que bien sirve para hacerse presentes, para negociar, para pactar, para impartir justicia, para exigir los espacios que históricamente se les habían negado y, para agregar valor a sus creaciones, como nos comparte Teresa Sánchez Ramírez de 41 años, bordadora por herencia de San Juan Ixtenco:

“...ser indígena y originaria de Ixtenco es un privilegio y lo veo cuando tengo que salir a eventos, exposiciones, y me siento súper feliz cuando la gente me dice: ‘yo le compro a artesanos, yo lo compro a gente que lo hace’; me he dado cuenta que cuando no llevo mi blusa de pepenado y me voy un poquito *fashion* a vender, ponen en duda que yo lo hago, y tengo que enseñarles mis manos, aunque me da pena mostrarlas porque están maltratadas; me pico con la aguja, la tela talla mis dedos y se empieza a maltratar la piel, entonces eso también me ha ayudado a vender mis prendas artesanales, la gente ahora no quiere ir ahora a FONARD [sic], a las tiendas o a los revendedores; porque ahora también comprarles a los artesanos directamente, es comprar una experiencia, que levanta el interés de cómo lo hago, les explico, comparto mi conocimiento. Y eso nos hace darnos a conocer como artesanos de la localidad. Ahora también yo vendo por internet y me ha ayudado muchísimo ser una artesana joven, el tener hijos grandes (ya de 22 años) y que sean profesionistas, me han ayudado a colocarme en las redes sociales, y me orientan para dar a conocer mi trabajo por estas vías; y yo puedo producir para mayoreo, pero no venderlas a precio de mayoreo,

para mayoreo, pero no venderlas a precio de mayoreo, porque mis piezas son únicas y sé lo que cuesta hacerlo...”



Técnica de bordado pepenado, Ixtenco. Fotografía: Archivo de la palabra

O como comenta Rosalina Norma Gutiérrez Ramírez de 47 años, artesana por herencia y originaria de San Juan Ixtenco, que desde los 13 años aprendió de su madre a bordar, sin embargo, se dedicó de lleno al bordado de pepenado hasta los 26 años porque para ella tomó un nuevo sentido hacerlo. El saber se convirtió en un oficio para compartir más tiempo con sus hijos y tener una fuente de ingreso, ser bordadora por herencia le ha permitido salir de la localidad para mostrar con orgullo su trabajo en otros contextos:

“...por ejemplo, yo he participado en el evento de Tápame con tú rebozo, en el Museo de Culturas Populares en la Ciudad de México y cada vez que llega alguien a comprar, o por lo menos a preguntarnos sobre una pieza, es importante para nosotros explicarles de dónde somos, la región, la técnica, la lengua, las costumbres, tradiciones, todo lo que nosotros representamos a través de una pieza bordada. Me parece que es una parte muy importante que nos reconozcamos nosotras mismas como personas indígenas, [y nuestro oficio] nos invita a conocer nuestra historia y dar a conocer de lo que estamos hechos... porque creo que ahora hay un poquito más de apertura [y valoración] con los bordados, no solo de aquí sino de otros estados, de otras regiones. La gente ya nos toma más en cuenta, situación que no le tocó a mi mamá, veo ahora más apoyo de la gente, son espacios que hemos ganado...”

Este testimonio por ejemplo, nos abre la posibilidad de entender a los pueblos indígenas más allá de la competencia mercantil, sino desde el ámbito de la resignificación de su identidad como valor agregado de sus productos ya que han entendido que también existe un público interesado en realizar nuevas formas de consumo informado, responsable y directo; de ahí podríamos considerar una serie de espacios que se han utilizado para el reconocimiento y defensa ante casos de apropiación cultural indebida (donde se ha exaltado el reconocimiento a los derechos colectivos y a evitar la violación a los derechos culturales).



fotografía: Página de Facebook, Casa de tierra Otomí

Por otro lado, María Teresa Solís López de 57 años, cocinera tradicional de San Juan Ixtenco, nos comparte otra experiencia;

“...es de las abuelas de quienes aprendimos a cocinar, entre los platillos tradicionales de la comunidad se encuentran el mole de matuma y el atole morado o atole agrio. El atole morado solo se preparaba en las festividades, en el cumpleaños de alguien de la familia o en las festividades de los barrios, yo le digo que es maíz negro, es de un color morado muy oscuro, pero el maíz que cultivamos aquí en Ixtenco y cuando el atole se comienza a fermentar va cambiando de color, hasta llegar al morado, de ahí el nombre.

Actualmente el atole ya no solo se prueba en esas fechas, en los últimos 5 años ya se comercia-

liza de manera local, y lo encuentras en fin de semana en el mercado o en algunas casas, aunque por su dificultad de preparación que va de dos a tres días, en una olla especial, sin grasa para que no se corte —y quede al hilo—, acompañado de ayocotes —un tipo de frijol—, por eso no cualquiera lo hace, por eso también nos llaman cocineras tradicionales, porque nuestro saber es importante.

El mole de matuma es exclusivo de las mayordomías, sin embargo desde hace nueve años se realiza una celebración en Ixtenco llamada La fiesta del maíz, al principio auspiciado con recursos del PACMyC y después con recursos y organización de los propios pobladores. Muchas cosas desde la fiesta del maíz se dieron a conocer, por ejemplo aquí nada más tenía valor el maíz blanco; y el maíz azul no estaba siendo apreciado o se pagaba menos por él. La fiesta la pensamos como concurso para mostrar nuestros maíces para participar, y se premia al que tenga los mejores maíces, después premiaron al que tuviera más maíces de colores o maíces raros; la gente empezó a preparar platillos tradicionales para participar, nos sorprendía que la gente comprara nuestra comida tradicional, y eso nos animaba”.

A modo de conclusión, debo decir que los esfuerzos de años de lucha, el cambio de mentalidades, de la búsqueda por construir políticas incluyentes, locales, nacionales o internacionales tienen un efecto que se refleja en aspectos tan cercanos como los enunciados o en efectos macro; la lucha por la resignificación, respeto y revaloración de la raíz indígena es de todos. No es casual que actualmente en México se discuta y trabaje una iniciativa de Ley de Salvaguarda de los Conocimientos, Cultura e Identidad de los Pueblos y Comunidades Indígenas y Afrodescendientes, es decir, hoy en día los temas forman parte de la agenda pública y esto lo debemos a la demanda de estos espacios pero también al compromiso de las nuevas generaciones que no les han sido indiferentes los procesos, espacios y años de lucha.